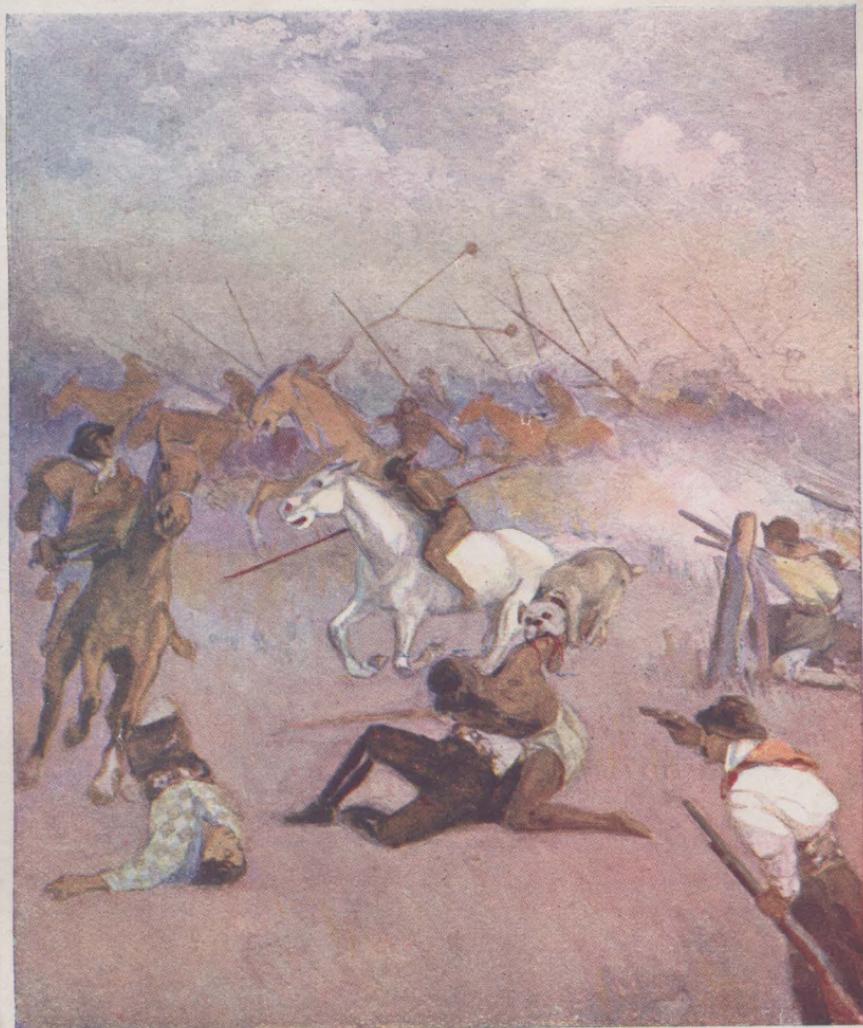


Biblioteca Infantil Argentina



EL ÑATO

Ada M. Elflein

20

Biblioteca Infantil Argentina

EL ÑATO

POR

ADA M. ELFLEIN

20.194

CON ILUSTRACIONES

▽
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

EMPRESA EDITORIAL «UNIVERSO»

CASILLA CORREO N.º 1687

BUENOS AIRES

1918



Propiedad registrada
de acuerdo con la ley
N.º 7092.

(Prohibida su reproducción)



El personaje principal de la estancia Los Arroyos era el Ñato. Así, al menos, opinaba él y lo daba a entender bien claramente unas diez o quince veces al día.

El Ñato no era el patrón de la estancia, como pudiera suponerse, ni el hijo del patrón, ni siquiera el mayordomo. Era un bulldog inglés de colmillos formidables, que asomaban blancos y brillantes entre sus labios arregados, de patas como postes y un aire de ferocidad que parecía decir:

—Connigo no se juega.

Hacia años, cuando joven, el Ñato había salvado la vida al patrón.

La estancia se hallaba situada en el Sur de la provincia de Buenos Aires, en la región de las sierras, que solía denominarse entonces la frontera, por la línea de fortines que se extendía allá como defensa contra los indios.

Estos se reunían a veces en gran número para «llevar un malón» contra las estancias

de los cristianos, como llamaban a los blancos. Los malones eran correrías en las que mataban a los hombres, se llevaban cautivos a los niños y mujeres y arreaban el ganado. Este último era llevado a través de las pampas y de la cordillera a Chile, donde se vendía a buen precio.

Los indios atacaban casi siempre al amanecer. En todas las estancias se sabía eso y colocaban guardias. Asimismo, alguna que otra vez los salvajes tomaban a los cristianos desprevenidos. Eso fué lo que sucedió en Los Arroyos. Cuando los hombres sintieron las carreras de los caballos y los alaridos de los salvajes, ya tenían encima el malón. Los indios presentábanse armados de largas lanzas y de boleadoras, que manejaban con suma destreza; los blancos tenían armas de fuego. En un momento todo fué confusión, estrépito y gritería, estampidos y golpes y choques de cuerpos que caían. El patrón fué acometido por un indio gigantesco, y los dos rodaron por el suelo, tratando cada cual de ultimar al otro. Cuando ya el estanciero sentía flaquear sus fuerzas, recibió ayuda inesperada. El Ñato, que vió en peligro a su amo, se abalanzó sobre el indio y se le prendió de un brazo; y a pesar de que el salvaje le hirió con el cuchillo, sus terribles dientes no aflojaron hasta que unos peones pudieron acudir en auxilio del patrón.

Los indios fueron derrotados; muchos de ellos quedaron muertos y algunos prisioneros. Cuando todo volvió a la calma, el pobre Ñato fué hallado con una mano de menos, tirado entre el pasto. Le recogieron, le cuidaron como a cualquiera de los heridos, y el patrón, la señora y los niños no supieron qué hacerle, de gratitud y cariño. Fué, desde entonces, el único perro de la estancia que tenía permiso para entrar en las habitaciones de la familia, a cualquier hora y con cualquier tiempo, y si ensuciaba con sus patas llenas de barro la estera limpia del comedor o subía, chorreando agua, a una de las camas, esas gracias no le valían sino un «¡Ah, pícaro!», allí donde otro se hubiera llevado una buena azotaina.

Debido a estos mimos, el Ñato se hizo muy engreído y altanero. Todos los animales del establecimiento, grandes y chicos, tenían que hacerle caso; y ¡pobre del que osara olvidar el respeto debido al Ñato! Este descubría sus dientes y gruñía, y si esto no bastaba, aplicaba al desobediente un mordisco que lo hacía entrar en razón. En cuanto a las personas, las trataba, más o menos, del mismo modo, excepto, por supuesto, al patrón. Cuando alguien acudía a éste con una queja del Ñato, el amo decía riendo:

—Déjenlo... ¡es el Ñato!

Y el Ñato se aprovechaba, volviéndose cada día más agresivo y tiránico. Los animales que habían estado presentes en el asalto de los indios, toros y vacas, caballos, perros, gatos, ovejas y hasta las aves, refirieron a sus hijos cómo el Ñato había salvado la vida del amo, y les recomendaron el mayor respeto: aquellos a su vez, se lo contaron a sus propios hijos y éstos a los suyos, todos con la misma recomendación, y así el bulldog pudo llegar a creerse el personaje principal de Los Arroyos. Halló ese estado de cosas muy cómodo, y no perdía ocasión de afirmar su dominio. Los años pasaron, el Ñato envejeció, y aunque conservaba su aspecto feroz, sus fuerzas disminuyeron y los dientes se le iban cayendo. A pesar de ello, seguía tiranizando a toda la población zoológica de la estancia, abusando de su prestigio y confiando en la costumbre de los demás, de sometérsele.



.....esas gracias nō le valían sino un ¡Ah, picaro!

II

Pero sucedió que nació en Los Arroyos un lindo potrillo negro, al que llamaron Diablo. Resultó, con el tiempo, que el nombre le cuadraba a las mil maravillas, pues era el mismísimo demonio.

Diablo, pues, halló que la tiranía ejercida por el Nato era una cosa injustificada, y no veía por qué habían de seguir soportándola.

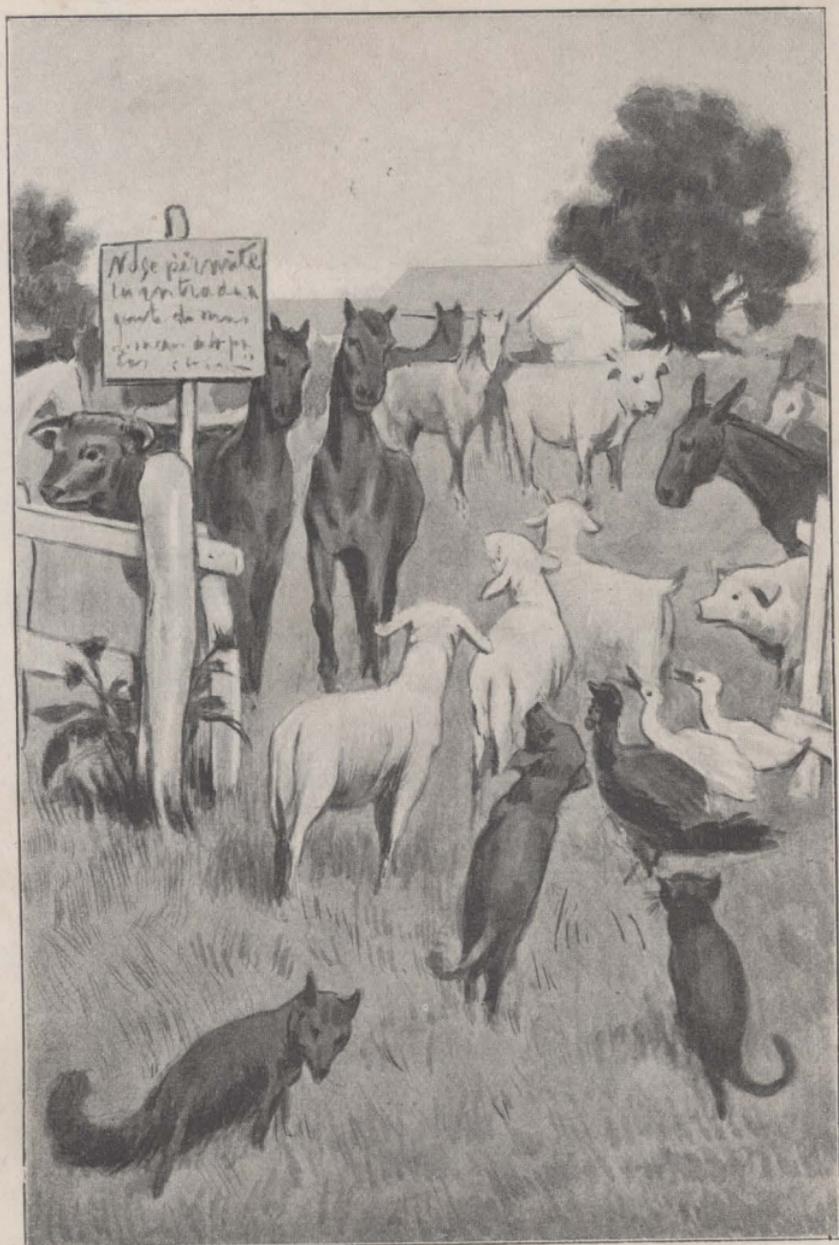
—Está bien que haya salvado la vida del patrón, hace diez o doce años—dijo a sus amigos.—Es un mérito que nadie le quita. Pero no es una razón para querer dominarnos a todos. ¿Acaso nosotros no valemos tanto como él, cada cual a su manera? En cuanto se descuide le voy a romper, de una coz, las tres patas que le quedan.

—¡Dios te libre!—exclamó su madre espantada.—Te va a destrozár.

—¡A mí!—Diablo se revolcó en el pasto; tanta gracia le hacía el temor de su madre.—
¡A mí! Si ya no tiene casi dientes. Es un cuco, al que tienen miedo por costumbre. Gruñe, y todos corren sin ver que no puede hacer más que gruñir.

El elemento joven de la estancia se mostraba de acuerdo con el Diablo; pero los viejos, aunque hallaban alguna razón en esas quejas, estaban demasiado habituados a respetar al Ñato. Declararon que no favorecerían ninguna tentativa de «meterse con él» y aconsejaron muy seriamente a sus hijos que no lo hicieran tampoco. Como entre los amigos del Diablo también había muchos indecisos, que no podían librarse del terror con que siempre habían mirado al feroz bulldog, el potro negro no quiso aventurarse solo y tuvo que esperar alguna oportunidad propicia, para librar a los animales de la intolerable dominación del Ñato.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



«No se admite gente de menos ni de más de cuatro patas».

III

Presentóse esa ocasión, como la mayoría de las ocasiones, en forma inesperada.

Los cuadrúpedos que habitaban la estancia, así domésticos como silvestres, quisieron reunirse en asamblea para resolver algunas cuestiones de importancia para ellos. Había discusiones sobre pastos y aguadas, y otras quejas y reclamaciones entre los diversos animales. Como existían también ciertos asuntos secretos que sólo atañían a los cuadrúpedos, se resolvió excluir a las aves, insectos, reptiles, etc.

Para que no cupiera al respecto la menor duda, se colocó en la entrada del potrero donde iba a verificarse la asamblea, un cartel con la siguiente inscripción:

«No se admite gente de menos ni de más de cuatro patas».

Cuando el Diablo vió ese cartel, soltó un relincho de alegría y se puso a dar brincos, exclamando:

—¡Esta es la mía! ¡Esta es la mía!

En seguida fué a buscar a sus amigos, que como él estaban hartos de las impertinencias del Ñato y tuvo con ellos una larga conferencia. Hubo allí tal coro de relinchos, ladridos,



... pero éste se dió vuelta y enseñó uno de sus sólidos vasos.

balidos, mugidos y rebuznos, que se hubiera dicho un ensayo general de concierto.

—¿Qué tendrán esos bichos?—decían los hombres que oían ese vocerío estrafalario. Como no entendían el lenguaje de los animales, no podían saber que éstos reían a carcajadas de lo que estaba proponiéndoles el Diablo.

Cuando se separaron, después de haber convenido en cierto plan, se comprometieron a guardar todos la más estricta reserva.

IV

Llegó la noche de la reunión, y de todos lados acudieron los cuadrúpedos que habitaban la estancia; caballos, vacas y bueyes, ovejas y cerdos, perros y gatos, asnos y mulas, y hasta una cabrita que pertenecía a los niños del patrón. También se presentaron los animales silvestres, zorros, zorrinos, vizcachas, comadrejas, nutrias y otros animalejos del campo.

En la tranquera había una comisión encargada de recibir a las «personas» que llegaban y cuidar de que no entrase nadie sin estar en condiciones de asistir a la reunión.

El Diablo había conseguido que le dejaran nombrar esa comisión. Formábanla él mismo y un grupo de sus amigos, todos jóvenes, fuertes, valientes y decididos, elegidos entre las diversas especies de animales domésticos.

Uno de ellos, un hermoso perro ovejero llamado Dan, fué despachado desde temprano para buscar al Ñato y acompañarle al potrero, como si fuese una deferencia; pero con encargo secreto de hacerle demorar hasta que todos los demás estuviesen reunidos.

Dan entretuvo al Ñato, haciéndole referir su hazaña el día del malón, lo que constituía

el medio mejor para hacerle olvidar de todo. Así fué que cuando llegaron a la tranquera, no había nadie allí, fuera del grupo formado por la comisión.

El Ñato se adelantó e iba a entrar muy campante, cuando el Diablo le cerró el paso, diciéndole:

—Usted no puede entrar aquí.

—¿Cómo que no puedo entrar aquí?

—No, señor; lea el cartel.

El Ñato miró el cartel y los ojos se le inyectaron de sangre.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—interrogó en tono amenazador.

—Pues que usted tiene menos de cuatro patas.

—¡Insolente!—gritó el Ñato, abalanzándose sobre el potro; pero éste se dió vuelta y enseñó uno de sus sólidos vasos. El Ñato retrocedió, y se encontró con que los animales habían formado un círculo alrededor de él.

—¿Qué significa esto?—gruñó, tratando de asustarlos.—¿Quieren que me prenda del pescuezo o de una pata a alguno de ustedes?

El Diablo se rió.

—¡Prenderse! ¡Pobrecito! ¿Con qué se va a prender, si ya no tiene dientes? Escuche, Ñato. Estamos hartos de usted, ¿entiende? Hartos. Bastante ha abusado de nuestra pa-

ciencia y del temor que todos le teníamos; pero ahora nos tiene cansados.

—¡Yo te voy a dar!—aulló el Ñato, rabioso.—
¡Decirme eso a mí, que he salvado la vida al amo, y todavía hacerme burla porque he perdido una pata en la pelea!

—No, no le hacemos burla, Ñato. Reconocemos su mérito y todos estaríamos orgullosos de poder portarnos como usted en igual caso. Pero todo eso no le da derecho para tiranizarnos, para gruñirnos cuando nos atravesamos por casualidad en su camino, para quitarles la comida a los demás perros, para echar a los gatos del lado del fogón y ocupar su lugar cuando se le ocurra y cometer otros atropellos por el estilo.

—Bueno... ¿y?—preguntó el Ñato con aire altanero, aunque no estaba nada tranquilo.

—Y como le dije—continuó el potro negro,—no estamos dispuestos a tolerarle ni una sola tropelía más. No queremos hacerle el menor daño; pero si usted no jura ahora, aquí mismo, que dejará de hacer de mandón y de creerse más que los otros y que se conformará con vivir como los demás.; si usted no jura eso, llamaré a todos los animales y les diré que el Ñato, el terrible Ñato, el terror de la estancia, no es más que un miserable can viejo que no puede sino ladrar. ¡Imagínese cómo se reirían! Hasta las sabandijas del campo se le burlarían

en su cara. Pero si usted promete lo que le exigimos, nosotros, a nuestra vez, le prometemos que nadie sabrá nada de este incidente, porque comprendemos que, después de haber sido tan temido y respetado, sería muy humillante para usted.

—¿Y si no quiero?—dijo el Ñato, avergonzado y furioso.

—Entonces, ya sabe lo que haremos. O, si usted lo prefiere.. cualquiera de nosotros sería suficiente para acabar con usted.

El bulldog miró en derredor suyo. Había allí suficientes cascos, cuernos, garras y dientes para dar cuenta de veinte como él. Era preferible someterse.

—Bien,—gruñó de mal talante,—acepto las condiciones. Pero se entiende que ustedes también cumplirán su palabra.

—Cumpliremos. Y se entiende también, que la primera vez que usted reincida, toda la estancia sabrá lo sucedido esta noche. Y como usted ha agraviado a muchos y no todos son tan complacientes como nosotros, calcule usted cuáles podrían ser las consecuencias. Conque ¿jura usted?

—Sí, juro.

—Muy bien. Puede usted pasar adelante.

El círculo se abrió y el Ñato entró en el potrero. Se había repuesto un poco del susto,

y para demostrar que no tenía miedo, observó en tono desabrido:

—Entro porque me da la gana.

—Bueno, lo mismo da,—respondió el Diablo, y los demás se rieron.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

FIN.



BIBLIOTECA INFANTIL ARGENTINA

VOLÚMENES PUBLICADOS

Un deseo cumplido

El vendedor de leña

A mano

La visita del Presidente

El Ñato

La Partida

Cacho

El hijo de la esclava